

LA AUTOCONSTRUCCIÓN DEL SUJETO FEMENINO: CLAVES PARA EL ANÁLISIS

Isabel González Díaz
Universidad de La Laguna

ABSTRACT

The aim of this paper is to reflect upon some aspects of the self-construction of the female subject within autobiographical discourses, analyzing them as discourses of identity and resistance. We approach women's autobiography as a privileged site in the theoretical debate on many of the issues discussed by contemporary criticism, and we focus on the analysis of three important concepts for the study of those texts: agency, experience, and truth.

KEY WORDS: Female subject, autobiography, subjectivity, agency, experience, truth.

RESUMEN

En este trabajo nos proponemos reflexionar sobre algunos aspectos de la autoconstrucción del sujeto femenino dentro de los discursos autobiográficos, analizándolos como discursos de identidad y resistencia. Nos acercamos a la autobiografía de mujeres como uno de los lugares destacados para el debate teórico de muchos de los temas discutidos por la crítica contemporánea, y nos detenemos en el análisis de tres conceptos de especial relevancia para el estudio de estos textos: *agency*, experiencia y verdad.

PALABRAS CLAVE: sujeto femenino, autobiografía, subjetividad, *agency*, experiencia, verdad.

The true representation of power is not of a big man beating a smaller man or a woman. Power is the ability to take one's place in whatever discourse is essential to action and the right to have one's part matter.

Carolyn G. HEILBRUN

Uno de los aspectos más interesantes que ofrece el sujeto autobiográfico femenino es la posibilidad de ser analizado como un sujeto que se resiste a la subjetividad que le ha sido impuesta por otros —es decir, por el sistema patriarcal con su larga historia de negación y opresión a las mujeres, como denuncia el feminismo. El sujeto autobiográfico femenino lucha por convertirse en sujeto, a la vez que se resiste a aceptar la subjetividad que le ha sido impuesta, y utiliza el discurso autobiográfico como una herramienta para replicar, “to talk back,” como plantea Sidonie Smith en su libro *Subjectivity, Identity and the Body* (1993). Smith compar-

te con el lector su fascinación “with the complex ways in which histories of the subject, discourses of identity, cultural inscriptions of the body, and laws of genre coalesce in the autobiographical ‘I’” (4). La autobiografía, en opinión de muchas teóricas feministas, es un lugar que ofrece al feminismo múltiples posibilidades de debate teórico sobre la historia del sujeto, la identidad, o el género. Bella Brodzki y Celeste Schenck, por ejemplo, afirman que la autobiografía “localizes the very program of much feminist theory —the reclaiming of the female subject— even as it foregrounds the central issue of contemporary critical thought —the problematic status of the self” (2). Linda Anderson lo expone así:

[I]t is also important for us to recognize here the part played by autobiography in changing or reconfiguring the theoretical issues. Autobiography has been one of the most important sites of feminist debate precisely because it demonstrates that there are many different ways of writing the subject. (87)

Efectivamente, de la misma manera que el sujeto autobiográfico femenino replica y se resiste a aceptar la identidad que le ha sido impuesta, las teóricas feministas que lo estudian también pueden apoyarse en sus discursos para replicar y resistirse a aceptar los discursos teóricos dominantes. Un ejemplo de ello puede ser la respuesta de la teórica feminista Nancy K. Miller a las teorías postmodernas que afirman que el autor ha muerto, afirmación problemática de aceptar para el estudio de la autobiografía:

The postmodernist decision that the Author is Dead and the subject along with him does not, I will argue, necessarily hold for women, and prematurely forecloses the question of agency for them. Because women have not had the same historical relation of identity to origin, institution, production that men have had, they have not, I think, (collectively) felt burdened by too much Self, Ego, Cogito, etc. (*Subject* 106)

Políticamente, el feminismo no puede asumir abiertamente que el autor y el sujeto han muerto y que no importa quién hable en los textos, pues como dice Katherine R. Goodman, las feministas saben que “it makes a great deal of difference who is speaking” (308). Por otra parte, como apunta Miller en la cita anteriormente mencionada, la relación que las mujeres han tenido con conceptos como el sujeto o el *yo* no es la misma que han tenido los hombres. El sujeto universal humanista era sin duda un sujeto masculino, y su desconstrucción parte de esa premisa; por eso puede resultar prematuro, en opinión de Nicole W. Jouve, apresurarse a desconstruir al sujeto femenino: “You must have a self before you can afford to deconstruct it” (7). Si negamos la existencia de autora y sujeto protagonista de un texto autobiográfico, condenándola a ser sólo una ficción, un sujeto textual, seguiremos condenando a las mujeres a ser “ausencias irre recuperables,” como plantean Brodzki y Schenck en la introducción a *Life/Lines: Theorizing Women's Autobiography* (1988). La idea que defienden estas críticas es la de no caer en la ingenuidad de defender un sujeto femenino esencialista, pero tampoco abandonarnos a los planteamientos postmodernos que niegan su existencia:



Modern theory, of course, warns of the dangers of positing selfhood, indeed eulogizes and then celebrates the death of the author. But a feminist agenda cannot include further or repeated marginalization of female selfhood without betraying its own political program. Instead, the feminist enterprise should, as we see it, take its cue from contemporary theory and not promote a simplistic identification with the protagonist of the autobiographical text; at the same time, however, it should provide the emotional satisfaction historically missing for the female reader, that assurance and consolation that she does indeed exist in the world which a femininity defined in purely textual terms cannot provide. (Brodzki & Schenck 14)

La propuesta de las editoras de *Life/Lines* es que el feminismo mantenga la tensión que existe dentro del texto autobiográfico entre vida y literatura, entre política y teoría, entre subjetividad y textualidad. Esa es la única manera de que las mujeres que leen esos textos puedan ver su propia subjetividad reconocida, tras tanto tiempo de ausencia, de invisibilidad, de irrepresentabilidad. Existe, en opinión de Linda Anderson, “a *political* imperative for women to constitute themselves as subjects if they are to escape being never-endingly determined as objects,” y eso no significa retornar a la idea de subjetividad masculina del *yo* universal y unificado, “but rather imagining multiple subjectivities, which are without foundation but located, instead, in particular times and places” (90). Para Anderson la autobiografía ofrece muchas posibilidades en ese sentido, y su puesta en práctica no debe ser entendida como una vuelta al denostado esencialismo. La idea que expone Anderson habla de la autobiografía en sí como una estrategia feminista: “As *strategy*, autobiography need not offer a universal model of subjectivity and its representation but ‘local uses of the self’, ways of expressing a self or a position which ‘arises from the situation as it comments on it’” (90-91).

Puede haber muchos modelos de subjetividad, usos diferentes del *yo* dependiendo de los contextos en que aparezcan, e identidades fluctuantes e inestables, como argumentan Denise Riley, Joan W. Scott o Teresa de Lauretis. Linda Anderson afirma que también puede haber formas diferentes de acercarse a la autobiografía: “there are other subjects, beyond some ideal notion of ‘the Subject’, and other ways of reading autobiography” (91). De hecho, uno de esos sujetos puede ser la lectora feminista de la autobiografía: “to become a feminist reader of autobiography is to become a new kind of subject” (Brodzki & Schenck 15). Nancy K. Miller en su ensayo, “Writing Fictions: Women’s Autobiography in France” (1988), nos invita a hacer una lectura de la autobiografía que se aleje del canon masculino que no analiza el género como categoría relevante de referencia o interpretación. Ella propone “to read for difference,” pues entiende que las lecturas de la autobiografía que asumen una economía neutral de la producción y recepción textual están basadas en una ficción. Miller localiza la diferencia en la percepción del lector, un lector comprometido a descifrar la inscripción de un sujeto femenino en el texto autobiográfico (“Writing” 56).

Esos nuevos sujetos que proponen Brodzki, Schenck y Miller, lectoras feministas de la autobiografía, quienes leen en busca de la diferencia y descifrando el sujeto femenino inscrito en los textos autobiográficos, llevan años reflexionando y





haciendo diferentes propuestas de lectura y análisis. Ayudadas por las teorías del psicoanálisis, la deconstrucción o el postmodernismo, que insisten en la visión del sujeto femenino como una construcción social, las críticas feministas de la autobiografía han elaborado diferentes enfoques para analizar la autoconstrucción del sujeto femenino. Sus propuestas no siguen ningún planteamiento teórico al pie de la letra, algo que Smith y Watson dejan claro en *Women, Autobiography, Theory: A Reader*:

We want to emphasize here that feminist critics do not slavishly adhere to a particular theoretical line. They actively engage, critique, and modify theoretical models even as they import certain ideas and vocabularies into their reading practices. They also change their theoretical minds, so to speak. As they reflect upon responses to their analyses or as they read the work of other theorists and critics working in the field or in related—or even unrelated—fields, they formulate new ways of approaching the texts they take up. (16)

Asumiendo las ventajas de la heterogeneidad, el feminismo se ha apoyado en las diferentes teorías sobre la subjetividad que pueden resultar de utilidad para el estudio de la autobiografía femenina. Desde el campo del psicoanálisis han revisado las propuestas de Freud y Lacan para proponer un sujeto femenino diferente al masculino; las teorías de Irigaray, Kristeva, Cixous o Chodorow han sido utilizadas por estudiosas de la autobiografía para acercarse al *yo* femenino, un *yo* que se presenta dividido y complejo, y con un componente relacional diferente al *yo* masculino. A Bella Brodzki se han unido muchas otras intelectuales, como el caso significativo de Susan Stanford Friedman,¹ para estudiar al sujeto autobiográfico femenino utilizando las teorías de Chodorow sobre el *yo* femenino relacional, con unas fronteras más flexibles que las del *yo* masculino. Las revisiones de las teorías de Freud y Lacan llevadas a cabo por las tres teóricas francesas han tenido también una gran relevancia en la lectura de las autobiografías de mujeres, ya que

[t]hey provide a way to confront the entrenched hold of patriarchal structures by locating them deep within the unconscious and the subject's foundational relationship to language. They provide a way of understanding the complexity of female positioning as a split subject within the symbolic order and its logic of representation. They provide terms for understanding how the female subject mis/recognizes herself as a coherent subject. They encourage readers to look for gaps

¹ Nos gustaría ofrecer algunos apuntes sobre Susan Stanford Friedman, quien se ha revelado como una clara partidaria de la crítica feminista post/postestructuralista, defendiendo el concepto de “negotiation” que implica “a commitment to self-consciously historicizing theory and theorizing history... [post/poststructuralism] involves a deconstruction of the extreme polarization of “theory” and “history” and a reconstruction of discourses that combine the two in a multiplicity of creative and often contradictory ways” (“Post/Poststructuralist” 482,486). Este carácter dialógico entre ambas disciplinas lo extiende también a otras esferas como la educación, el multiculturalismo, o la geografía en uno de sus libros más recientes, *Mappings: Feminism and the Cultural Geographies of Encounter*.

and silences in texts, to read away from coherence —in fact, to become skeptical about such previously accepted notions in autobiography theory as the linearity of narrative and a unified concept of selfhood. They provide a vocabulary for exploring the relationship of women to language, to systems of representation, to the mother, to the body. (Smith & Watson, *Women* 20)

La invitación que se hace desde las teorías del psicoanálisis a indagar en el *yo* dividido y en su inconsciente, revelado a través del lenguaje, resulta muy atractiva para el estudio de los textos de mujeres que se autoconstruyen utilizando precisamente el lenguaje como medio. Críticas como Nancy K. Miller o Domna C. Stanton han utilizado las reflexiones del psicoanálisis para elaborar sus teorías sobre la autobiografía. También Shari Benstock aprovechó la imagen del *yo* dividido para demostrar que en la autobiografía, “[t]he writing moment that promises to seal the self and to heal a divided subject instead opens a seam in the autobiographical text exposing (...) a ‘fissure of female discontinuity’ that escapes the boundaries of any given theory of selfhood or writing practice” (Benstock 9).

Las críticas al enfoque psicoanalítico llegan, sin embargo, cuando se le acusa de no situar al sujeto autobiográfico femenino en su especificidad histórica. Quienes defienden esa postura mantienen que el psicoanálisis universaliza la diferencia sexual, ignorando las diferentes circunstancias materiales de los sujetos a lo largo de la historia. Joan W. Scott, por ejemplo, desde su posición de historiadora, rechaza las teorías de Chodorow por “its literalism, its reliance on relatively small structures of interaction to produce gender identity and to generate change” (*Gender* 37). Scott afirma que la interpretación de Chodorow limita el concepto de género a la familia y, “for the historian, leaves no way to connect the concept (or the individual) to other social systems of economy, politics or power” (*Gender* 38). Scott sí encuentra instructivos algunos aspectos de las teorías de Lacan, pues sitúan al lenguaje en el centro de la construcción de la identidad de género, sugieren que “hombre” y “mujer” son categorías ficticias y proponen a un sujeto en constante proceso de construcción. Pero sigue encontrando problemático poder utilizar las teorías lacanianas para reflexionar sobre la construcción de la subjetividad en contextos históricos y sociales, y rechaza la insistencia del psicoanálisis en el sujeto individual, que en su opinión tiende a perpetuar la oposición binaria hombre/mujer:

I am troubled, nonetheless, by the exclusive fixation on questions of the individual subject and by the tendency to reify subjectively originating antagonism between males and females as the central fact of gender. In addition, although there is openness in the concept of how “the subject” is constructed, the theory tends to universalize the categories and relationship of male and female. (Scott, *Gender* 39)

En nuestra opinión, aunque el estudioso de la autobiografía debe ser consciente de algunos de los límites de las teorías que utiliza para analizar los textos autobiográficos, también debe saber aprovechar las herramientas que éstas les ofrecen. Si bien desde el punto de vista del historiador las teorías del psicoanálisis pueden parecer limitadas, como argumenta Scott, también existen elementos de esas teorías que pueden resultar muy útiles para el análisis de la identidad subjetiva del



sujeto autobiográfico femenino. El psicoanálisis nos presenta distintas formas de acercarnos a la autoconstrucción de las identidades femeninas presentes en los textos autobiográficos, y nos anima a indagar en el lenguaje, el medio por el que se autoconstruyen, buscando huecos, silencios, fisuras, que reflejen su inconsciente. El enfoque psicoanalítico no impide, además, que se pase del análisis de las pequeñas estructuras de interacción que producen la identidad de género y generan cambio, como plantea Scott, a un análisis que conecte al sujeto autobiográfico con los sistemas de poder sociales, económicos o políticos que le rodean. Así lo han demostrado estudiosas de la autobiografía de mujeres que han revisado las teorías de Althusser o Foucault para su análisis, “situating the autobiographical subject in her historical specificity” (Smith & Watson, *Women* 21):

To read women’s autobiographical texts is to attend to the historically and culturally specific discourses of identity through which women become specific subjects. Scholars have explored which discursive practices determine the kind of subject who speaks, the forms of self-representation available to women at particular historical moments, the meaning they make of their experiential histories. Such readings encourage us to think about women’s texts—as we do about any texts—as sites for the re/production of knowledge. (Smith & Watson, *Women* 22)

Debemos recordar, por ejemplo, trabajos como los de Felicity Nussbaum o Regenia Gagnier, centrados en las producciones autobiográficas femeninas en períodos históricos específicos. Otra de las críticas que ha analizado las autobiografías de mujeres situándolas como lugares donde se re/produce el conocimiento es Leigh Gilmore. En su libro *Autobiographics* (1994), Gilmore plantea la autobiografía como una “tecnología del yo,” utilizando el término de Foucault, y conecta el discurso autobiográfico con el concepto de verdad. Rita Felski también indaga en el tema de la verdad, y en su ensayo “On Confession” propone una visión de la confesión femenina como otra “tecnología del yo” foucauldiana.²

La confesión es una técnica muy relacionada con la autobiografía y con el concepto de verdad, sobre el que Foucault reflexionó extensamente en sus teorías.³

² Nos gustaría ampliar brevemente las referencias bibliográficas de estas autoras que complementan esta visión. De Felicity NUSSBAUM utilizamos preferentemente su libro, *The Autobiographical Subject: Gender and Ideology in Eighteenth-Century England*, pero sus estudios en este campo se extienden también a otros libros significativos que tocan tangencialmente este tema como, *Torrid Zones: Maternity, Sexuality, and Empire in Eighteenth-century English Narratives*, o *The Brink of All We Hate: English Satires on Women, 1660-1750*; de Regenia GAGNIER destaca su libro, *Subjectivities: A History of Self-Representation in Britain, 1832-1920*; a los dos libros más relevantes de Leigh GILMORE, ya como autora o editora, *Autobiographics: A Feminist Theory of Women’s Self-Representation* y *Autobiography and Postmodernism*, debemos añadir su más reciente, *The Limits of Autobiography: Trauma and Testimony*; y de Rita FELSKI citaríamos su libro, *The Gender of Modernity*, por su análisis sobre el rol de la mujer en la literatura en el siglo XIX y XX.

³ Más adelante nos extenderemos sobre esta relación entre confesión y verdad, basándonos especialmente en Foucault. Sin embargo, nos gustaría introducir ahora una respuesta formulada

De hecho, se convierte en un asunto de obligada mención para cualquier estudio de la autobiografía —aunque no es el único. En efecto, las propuestas de análisis de textos autobiográficos femeninos, independientemente de la línea teórica que adopten, se ven en la obligación de revisar, entre otros, tres conceptos muy importantes para la constitución de la subjetividad femenina y autobiográfica: *agency* (la capacidad de acción del sujeto), experiencia y verdad. La capacidad de acción del sujeto es uno de los temas que se cuestiona el feminismo al adaptar las teorías predominantes sobre la subjetividad, con su énfasis en la textualidad y por tanto en las limitaciones del sujeto para actuar y producir cambios. La experiencia es una noción que se asume como parte fundamental de la autobiografía, que relataría las experiencias del autor según éste las ha vivido, aunque las teorías postmodernas cuestionen la transparencia y la fiabilidad de dicha experiencia, y proponen analizarla con más detenimiento. Los distintos factores que influyen a la hora de discernir qué es o no verdad en un texto autobiográfico, quién está autorizado para hacerlo, y por tanto la estrecha relación estudiada por Foucault entre poder y verdad, no pueden ser pasados por alto por el estudio de la autobiografía. Las reflexiones feministas sobre la subjetividad y la autobiografía se esfuerzan por revisar estos conceptos al articular sus propuestas de análisis, y nosotros estimamos que es necesario detenernos a reflexionar sobre ellos.

Sidonie Smith, en su ensayo “Construing Truth in Lying Mouths” (1999), demuestra cómo los tres conceptos que nos proponemos analizar, *agency*, experiencia y verdad, están interrelacionados y repercuten en los textos autobiográficos. Reflexionando sobre las consecuencias de las teorías postmodernas para el sujeto femenino y autobiográfico, Smith expone:

Thus, “experience” recedes before a predatory textuality. Postmodern incursions on the old “self” of humanism and its privileges of autonomy, epistemological certainty, authorial intentionality, and imperial self-presence have unloosed all the ties to a convenient and secure anchorage of “selfhood” and an unproblematized “experience.” What Linda Alcoff has labeled the “nominalist” position on experience would argue that there is only textuality and therefore what is of interest is the play of language and subjectivity in the text without reference to anything outside the text, including the very author of the text, including the very fact that the author of an autobiography might be a woman. The very body of woman recedes, or to use a cinematic metaphor, “the lady vanishes.” Hence even the authorial signature is no matter of “truthfulness” since the author is “dead” as an untested source of origin and legitimation. Hence, there is no “experience” outside the text to which to be “truthful,” no single meaning secured by authorial inten-

contemporáneamente por Susana Radstone. Para ella, la confesión busca la verdad y sigue un desarrollo y transformación lineales, estando muy apegada al modernismo. Ella propone como reacción un mayor énfasis en la “remembrance”, que es postmodernista y donde “the subjective temporal horizon is constituted by memory’s revision: whereas the confession’s narration widens the gap between past and present” (205-206).



tionality, thus no vexing allegiance to “truth-telling.” The overdetermination of individual consciousness by linguistic, cultural, and psychoanalytical structures renders null and void the very notion of “truth-telling.” What meaning “truth,” what possibility “truth-telling” in an overdetermined system without human agency? (39)

Smith reflexiona en esa cita sobre el énfasis postmoderno en la textualidad que, llevado a un extremo, conduce a la negación absoluta del autor del texto, y por tanto, a cualquier noción de experiencia previa, extralingüística. Por tanto, para el lector de una autobiografía poca importancia puede tener si lo que cuenta el autobiógrafo es o no verdad —aunque también sea cuestionable, como veremos, cómo y quién decide qué es o no verdad. La propuesta textual postmoderna niega la experiencia previa del *yo* que escribe, y por tanto la capacidad de acción humana fuera del texto; a eso se le añade el cuestionamiento del concepto de verdad, pues no hay un referente claro, al mediar en la conciencia del escritor factores lingüísticos, culturales y psicoanalíticos. Pero como plantea Smith, al feminismo le resulta difícil aceptar que el sujeto femenino, la “dama,” se desvanezca tan fácilmente en los textos, y ha revisado estos conceptos para demostrar que sí puede encontrarse la vía que permita actuar a los sujetos y construir su subjetividad.⁴

En opinión de Smith y Watson, el lector medio de autobiografía tiende a acercarse al texto autobiográfico buscando pruebas de *agency*, entendiendo que los autobiógrafos son “agents of or actors in their own lives, rather than passive pawns in social games or unconscious transmitters of cultural scripts and models of identity” (*Reading* 42). Pero el análisis de las distintas teorías sobre la subjetividad nos demuestra que el asunto es mucho más complicado de lo que parece: “we must recognize that the issue of how subjects claim, exercise, and narrate agency is far more complicated” (Smith & Watson, *Reading* 42). Si con el psicoanálisis y las teorías postmodernas acordamos la importancia del lenguaje y de las prácticas discursivas, el lector de autobiografía se debe preguntar cómo los individuos son capaces de controlar las historias que cuentan sobre sí mismos. Lacan nos mostraba en sus teorías un *yo* ficticio, dividido y constituido en el lenguaje; Althusser entendía al sujeto como producto de la ideología dominante, ignorante de su falta de *agency*, pero creyendo poseerla; Foucault en su primera etapa, previa a las tecnologías del *yo*, veía al sujeto atrapado por el discurso y las relaciones de poder; y para Derrida permanecía encerrado dentro del texto, entre las palabras, sin posibilidad de escapar del lenguaje.

⁴ La desaparición del *yo* promovida por posiciones postestructuralistas en los años sesenta y setenta afectó notablemente a la autobiografía, ya que es aquí donde se manifiesta por partida doble: notificando su propia existencia y actuando como narrador de ésta. Tanto Michel FOUCAULT en “What Is an Author,” Roland Barthes en “The Death of an Author,” publicado en *Image, Music Text*, como Jacques DERRIDA en *The Ear of the Other*, siguen la estela de la elisión del *yo*. Las feministas han reaccionado y han incidido en la subjetividad del individuo para reevaluar el rol de acción en la mujer, tal como se puede apreciar en el ensayo de Susan HEKMAN, “Subjects and Objects: The Question for Feminism,” o en el de Sandra LEE BARTKY, “Agency: What’s the Problem?”



Sin embargo, las críticas feministas se han esforzado por demostrar que sí existe alguna posibilidad de acción para los sujetos. La historiadora Joan W. Scott insiste en que los sujetos, aunque se vean implicados en discursos contradictorios y conflictivos, descubren espacios a través de los cuales pueden maniobrar, resistir, provocar los cambios. El concepto de *agency* descansa para ella en la posibilidad que tiene el individuo de construirse una identidad, una vida, un mundo de relaciones, aunque todo esto ocurra dentro de ciertos límites y utilizando el lenguaje como medio. El lenguaje ofrece, a los individuos que lo utilizan para construirse una identidad, múltiples opciones para la negación, la resistencia, la reinterpretación: “the play of metaphoric invention and imagination” (Scott, *Gender* 42). Creemos que la autobiografía se puede convertir en uno de los terrenos más fértiles para llevar a cabo esos juegos con el lenguaje, para autoconstruir identidades que se resistan a las construcciones previas que les han impuesto. Teresa de Lauretis también apuesta por la posibilidad de *agency* a través de la representación o autorrepresentación social del género, que afectaría a la construcción subjetiva de los individuos. Esa capacidad de acción tendría lugar a nivel individual y a nivel micropolítico, en las prácticas cotidianas (de Lauretis, *Technologies* 9), y se vería reflejada en los discursos marginales, que se alejan de los hegemónicos. Las autobiografías de mujeres, que autoconstruyen su subjetividad resistiéndose a la construcción impuesta por los discursos hegemónicos, demostrarían así que hay espacio para la *agency*. En su artículo “Eccentric Subjects: Feminist Theory and Historical Consciousness” (1990), de Lauretis también define el inconsciente como una fuente potencial de *agency*, entendido como un dominio psíquico de “disidentification.” Para ella, si el inconsciente, que se mueve entre lo psíquico y lo social, contiene todas las experiencias y deseos reprimidos para que así el sujeto pueda conformarse a las normas sociales, sus excesos pueden ser interpretados como una fuente de resistencia a la imposición social de mostrar identidades fijas (“Eccentric” 125-127). Según este enfoque, el análisis de los excesos del inconsciente de las autobiógrafas puede, en consecuencia, ayudar al estudioso de la autobiografía a encontrar más puntos de resistencia en la autoconstrucción de las identidades de esas mujeres.

Leigh Gilmore, por su parte, en la introducción al libro *Autobiography and Postmodernism*, del que es coeditora, afirma que el hecho de que el sujeto sea necesariamente discursivo no impide que pueda ser estudiado como un “agent in discourse” (Ashley 3). Las autobiografías son lugares de producción de identidades, y en opinión de Gilmore pueden ser estudiadas a través del postmodernismo, “as texts that both resist and produce cultural identities” (Ashley 4). En dicho estudio, editores y ensayistas se proponen mostrar las contradicciones presentes en los discursos autobiográficos:

In contrast to those critics of postmodernism who fear for the human subject and human agency, the critics here offer critiques of dominant constructions and representations of the subject and the political and social forms of agency, but in an important sense they demonstrate that autobiography gives postmodernism a text and a discourse through which to theorize human agency. The lamentable decentered human agent of so many postmodernisms does not emerge here as *the* subject of



autobiography; rather, we see human agents as producers of discourse who tend to heighten the contradictions in the discourses of self-representation and let those form the explanation for disruption or discontinuity. (Ashley 8)

Nos parece muy interesante la relevancia que se le da en *Autobiography and Postmodernism* a la autobiografía. Especialmente porque aparece como un instrumento que ofrece al postmodernismo un texto y un discurso para teorizar sobre la capacidad de acción humana. La postura crítica de no pensar en *el* sujeto de la autobiografía, sino en agentes humanos que producen discursos que a su vez muestran contradicciones puede resultar de utilidad para los enfoques feministas de análisis de la autobiografía. A su vez, la propuesta de entender la autorrepresentación como un lugar desde donde analizar las contradicciones, que explican rupturas y discontinuidades, va en consonancia con muchas de las ideas feministas sobre la identidad.

Una vez que hemos aceptado que a través de la autoconstrucción de su subjetividad los individuos pueden convertirse en agentes que resisten y producen cambios en los significados, lo que esperamos de ellos es que nos relaten sus “experiencias personales,” que le darían validez a sus discursos autobiográficos.⁵ A su vez esto nos plantea otro problema: el de la inestabilidad de la definición de “experiencia.” Smith y Watson exponen así la situación a la que debe enfrentarse el crítico de la autobiografía ante este tema:

Experience. We have it. It is ours. The intimacy and immediacy and palpability of our memories tell us so. But what does it mean to say we have an experience? While the experience represented in an autobiographical narrative seems simply personal, it is anything but merely personal. Mediated through memory and language, “experience” is already an interpretation of the past and of our place in a culturally and historically specific present. (*Reading* 24)

En esa cita, Smith & Watson se hacen eco de las reflexiones de teóricas como Scott o de Lauretis, quienes han revisado las opiniones de Foucault sobre la estrecha relación que existe entre experiencia y subjetividad. Lo cual nos da pie a analizar el segundo concepto sobre el que nos hemos propuesto reflexionar: la experiencia. Foucault afirmaba en 1984, en la última entrevista concedida antes de su

⁵ Y, de hecho, trascienden las contingencias históricas por ese notable carácter ontológico que se aprecia en esos discursos que se centran principalmente en el *yo*. En palabras de Nikolas Rose, esta “genealogy of subjectification (...) focuses directly on the ‘practices’ that locate human beings in particular ‘regimes of the person.’ It does not write a continuous history of the self, but rather accounts for the diversity of languages of ‘personhood’ that have taken shape —character, personality, identity, reputation, honor, citizen, individual, normal, lunatic, patient, client, husband, mother, daughter— and the norms, techniques, and relations of authority within which these have circulated in legal, domestic, industrial, and other practices for acting upon the conduct of persons” (25).



muerte, que la experiencia es la racionalización del proceso de construcción de los sujetos, no algo que ha ocurrido previamente:

It is experience which is the rationalization of a process, itself provisional, which results in a subject, or rather, in subjects. I will call subjectivization the procedure by which one obtains the constitution of a subject, or more precisely, of a subjectivity which is of course only one of the given possibilities of organization of a self-consciousness. (Kritzman 253)

La experiencia, para Foucault y sus seguidores, es discursiva, y los sujetos llegan a conocerse a sí mismos a través del lenguaje. Estos teóricos cuestionan la tendencia que existe a creer que la relación entre la experiencia individual y la idea de subjetividad es natural. Scott, en su ensayo “Experience” (1998) plantea que la noción de experiencia se produce socialmente, y se pregunta cómo llegamos a saber lo que sabemos sobre nosotros mismos, cómo sabemos quiénes somos. En efecto, para poder cuestionar nociones como la del *yo* unificado hay que tener en cuenta que la producción de significado se ve inevitablemente “mediated both by languages (a variety of sign systems) and by social practices (‘experience’) which construct: how we know, what we know, and who ‘we’ think ‘we’ are while doing this” (Gunew 2). En su libro *Alice Doesn't: Feminism, Semiotics, Cinema* (1984) Teresa de Lauretis ofrece una definición del término “experiencia”; partiendo de los planteamientos de Foucault, la teórica feminista elabora su propuesta para reflexionar sobre el sujeto femenino:

I should say from the outset that, by experience, I do not mean the mere registering of sensory data, or a purely mental (psychological) relation to objects and events, or the acquisition of skills and competences by accumulation or repeated exposure. I use the term not in the individualistic, idiosyncratic sense of something belonging to one and exclusively her own even though others might have “similar” experiences; but rather in the general sense of a *process* by which, for all social beings, subjectivity is constructed. Through that process one places oneself or is placed in social reality, and so perceives and comprehends as subjective (referring to, even originating in oneself) those relations —material, economic, and interpersonal— which are in fact social and, in a larger perspective, historical. The process is continuous, its achievement unending or daily renewed. For each person, therefore, subjectivity is an ongoing construction, not a fixed point of departure or arrival from which one then interacts with the world. On the contrary, it is the effect of that interaction —which I call experience; and thus it is produced not by external ideas, values, or material causes, but by one’s personal, subjective, engagement in the practices, discourses, and institutions that lend significance (value, meaning, and affect) to the events of the world. (159)

La noción de experiencia que propone de Lauretis se aleja de la idea de experiencia como algo individual, personal e intransferible para situarse en un contexto social e histórico. La subjetividad para ella, como para Foucault, se construye a través de un proceso social y continuo; desde ese punto de vista la subjetividad no es entendida como algo fijo, que no cambia, sino como el efecto de la interacción

del sujeto con el mundo. A medida que cambian los procesos sociales, cambiarán los significados y por tanto la idea de subjetividad. Esta definición que de Lauretis ofrece de la “experiencia” aporta mucha luz a los estudios de la autobiografía, pues obliga al crítico a mantenerse alerta y a cuestionarse cómo, de dónde surgen las experiencias del autobiógrafo. Obligan a situar al sujeto autobiográfico en su contexto histórico, y entender la experiencia como una categoría que también debe ser analizada. Ese es uno de los planteamientos de Scott en su ya mencionado ensayo “Experience,” que parte de la definición de de Lauretis para hacer su propia reflexión desde su posición de historiadora.

Aunque enfocada al campo de la historiografía, la aportación de Scott sobre la experiencia ayuda también a reflexionar a los estudiosos de la autobiografía. Como veremos, Scott cuestiona en su ensayo la naturalidad con la que asumen muchos historiadores la evidencia de la experiencia, asumiendo que no hay nada más cierto que lo que cuentan los propios sujetos acerca de lo que han vivido. En su opinión, cuando se trata de las historias de sujetos marcados por alguna diferencia, que han estado fuera de los discursos hegemónicos, esa actitud por parte de los historiadores puede acabar naturalizando la diferencia, en lugar de cuestionarla:

They take as self-evident the identities of those whose experience is being documented and thus naturalize their difference. They locate resistance outside its discursive construction, and reify agency as an inherent attribute of individuals, thus decontextualizing it. When experience is taken as the origin of knowledge, the vision of the individual subject (the person who had the experience or the historian who recounts it) becomes the bedrock of evidence upon which explanation is built. Questions about the constructed nature of experience, about how subjects are constituted as different in the first place, about how one’s vision is structured—about language (or discourse) and history—are left aside. The evidence of experience then becomes evidence for the fact of difference, rather than a way of exploring how difference is established, how it operates, how and in what ways it constitutes subjects who see and act in the world. (Scott, “Experience” 59)

Al igual que hace con la categoría de género, Scott propone la revisión del concepto “experiencia,” para evitar caer en la reproducción de los sistemas ideológicos a los que se pretende contestar. Para lograrlo, ella propone tener en cuenta a los procesos históricos que, a través del discurso, posicionan a los sujetos y producen sus experiencias. “It is not individuals who have experience, but subjects who are constituted through experience” (Scott, “Experience” 60), afirma la historiadora siguiendo las teorías de Foucault. La experiencia se convierte así en algo que intentamos explicar, no en la muestra evidente de nuestra explicación. Y pensar en la experiencia en esos términos implica “to historicize it as well as to historicize the identities it produces” (Scott, “Experience” 60). Dicho en otras palabras, la experiencia de ser mujer, homosexual, o negro no es la misma en una época o lugar que en una u otro, como tampoco en la época o lugar del historiador o crítico que analiza esas experiencias. Por eso, el que intenta acercarse al estudio de las identidades debe tener en cuenta el importante papel de la experiencia para producirlas, y debe situarlas en sus contextos sociales e históricos.



Para Scott es fundamental entender el carácter discursivo de la experiencia, situarla en su contexto histórico, para poder escribir sobre la identidad sin esencializarla. La relación que existe entre experiencia e identidad es incuestionable para ella, y por tanto los cambios en los procesos discursivos van a afectar y producir cambios en las identidades. Ella propone “trying to understand the operations of the complex and changing discursive processes by which identities are ascribed, resisted, or embraced” (“Experience” 65). Para lograrlo, hay que entender que los conceptos y las identidades son también hechos, sucesos históricos que necesitan ser explicados. Así podríamos analizar los cambios que ocurren sin tener que asumir que la aparición de una nueva identidad es algo inevitable, que tenía que llegar en cualquier momento: así evitamos esencializar la identidad. Podríamos entonces explicar por qué las identidades son inestables y fluctuantes, al situarlas en sus contextos históricos, y reflexionar sobre las experiencias de los sujetos.

Scott mantiene que plantear el nacimiento de una nueva identidad como un hecho discursivo no implica caer en el determinismo lingüístico, ni despojar a los sujetos de su *agency*. Implica rechazar la separación entre experiencia y lenguaje e insistir en el carácter productivo de los discursos. Los cambios en las identidades pueden, pues, ser explicados a través de los cambios en los discursos:

Subjects are constituted discursively, but there are conflicts among discursive systems, contradictions within any one of them, multiple meanings possible for the concepts they deploy. And subjects have agency. They are not unified, autonomous individuals exercising free will, but rather subjects whose agency is created through situations and statuses conferred on them. (Scott, “Experience” 66)

Desde esta perspectiva, aunque entendamos que los sujetos se constituyen a través de los discursos, y que la experiencia es un hecho lingüístico, no hay que pensar que todo esté limitado a un orden de significados fijos. El problema que se plantean en este punto los historiadores es cómo analizar el lenguaje, y Scott propone aquí hacer una lectura de los textos que no asuma la correspondencia directa entre las palabras y las cosas, que no se encierre en significados únicos y, sobre todo, que no se proponga el objetivo de resolver las contradicciones que se presenten. Su propuesta consiste en hacer una lectura de la historia que ella denomina leer “for ‘the literary’,”⁶ y afirma que ese enfoque es muy apropiado para aquellos que se dedican al estudio de los cambios:

[I]t is a way of changing the focus and the philosophy of our history, from one bent on naturalizing “experience” through a belief in the unmediated relationship between words and things, to one that takes all categories of analysis as contex-

⁶ El enfoque foucauldiano de “lo literario” que podríamos aplicar a este deseo de Scott sería “to ‘discover’ an unsuspected space and ‘recover’ therein things never yet said” (White 87), por lo que es necesario potenciar un acercamiento creativo a cualquier texto.

tual, contested, and contingent. How have categories of representation and analysis —such as class, race, gender, relations of production, biology, identity, subjectivity, agency, experience, even culture— achieved their foundational status? What have been the effects of their articulations? What does it mean for historians to study the past in terms of these categories; for individuals to think of themselves in these terms? What is the relationship between the salience of such categories in our own time and their existence in the past? (Scott, “Experience” 68)

Para responder a estas preguntas, Scott se acerca a los postulados de Foucault, quien en su propuesta genealógica animaba a estudiar la historia de los conceptos a través de los que interpretamos los sucesos históricos. Se trata de una tarea compleja para los historiadores, que los obliga a mantenerse alerta en sus análisis, y a no asumir conceptos como el de “experiencia” como algo evidente e incuestionable. La experiencia, como muchas otras categorías, es inestable, y debe ser constantemente negociada a nivel social, cultural, histórico y político. El estudioso de la autobiografía, aunque se acerca al texto autobiográfico siendo consciente de que en él existe un elemento literario, puede asumir, como el historiador, la evidencia de la experiencia, y también debe cuestionarla.⁷ En opinión de Scott la experiencia no se debe negar, pero sí se debe analizar su funcionamiento y redefinir su significado. Y esto implica centrarse en los procesos de producción de la identidad, insistir en la naturaleza discursiva de la experiencia y en la política de su construcción:

Experience is at once always already an interpretation *and* is in need of interpretation. What counts as experience is neither self-evident nor straightforward; it is always contested, always therefore political. (Scott, “Experience” 69)

Esta definición de la experiencia, aplicada a la autobiografía, nos conduce a pensar en la experiencia que nos narra el sujeto autobiográfico como su propia interpretación de lo que le ocurrió y, posteriormente, a hacer nuestra propia interpretación de esa narración, a situarla en su contexto social y político. Asumir que lo que dice el narrador de una autobiografía es verdad porque es el relato de su propia experiencia, de lo que vivió, resulta difícil tras aceptar el carácter discursivo de la experiencia. Pero también es cierto que reconocer ese carácter discursivo no implica negar la existencia de experiencias humanas fuera del discurso, algo que sería difícil de aceptar para el feminismo. Smith y Watson lo resumen así:

At the same time that we say that experience is discursive, we recognize that there are human experiences outside discursive narratives —feelings of the body, feel-

⁷ Aunque sea debatible, un ejemplo ilustrativo sería el de Gertrude STEIN quien escribió su autobiografía, *The Autobiography of Alice B. Toklas*, no tanto con la intención de reproducir fielmente su vida como con la intención de transformar su imagen pública, “Gertrude Stein set out on a lonely enterprise to transform her public image from that of a ‘Radcliffe aesthetic bluestocking’ into the image of the most influential American writer of the twentieth century” (Lénárt-Cheng 120).



ings of spirituality, powerful sensory memories of events and images. Every day, all day long, the material universe affects us, literally as well as discursively. Bodies bleed. They manifest illnesses. They get hurt. They feel hunger, thirst and desire. These are among the material events in our lives. But in making the meaning of these events, we make that meaning, or the “experience” of those events, discursively, in language and as narrative. Thus, we retrospectively make experience and convey a sense of it to others through storytelling; and as we tell our stories discursive patterns guide, or compel, us to tell stories about ourselves in particular ways. (*Reading* 26)

La labor del que interpreta las experiencias de otros no consistiría en demostrar que los hechos que éste cuenta son falsos o no han existido, sino en analizar cómo transmite, a través del discurso, con el lenguaje como medio de transmisión, esos hechos. El autobiógrafo utiliza el lenguaje para autoconstruirse, y nos relata sus experiencias en primera persona en un gesto que, en la mayor parte de los casos, entendemos como auténtico y honesto.

Pero la relación entre experiencia y verdad es más problemática de lo que parece, y aunque el propósito inicial del autobiógrafo no sea el de mentir es muy posible que, debido a la falta de transparencia del lenguaje y al hecho de que sólo obtenemos su interpretación de las experiencias que ha vivido, no lleguemos a alcanzar la verdad. También cabe la posibilidad de que mienta a propósito, como sugiere Leigh Gilmore al afirmar que a veces la verdad es “the best place to lie” (“Policing” 54). Resulta difícil negar el elemento de ficción que existe en los textos autobiográficos entremezclado con los hechos “reales,” “verdaderos” de la vida del autor. Pero por otra parte, tal vez nos debamos preguntar de qué estamos hablando cuando nos referimos a la “verdad”:

“Truth” to what? To facticity? To experience? To self? To history? To community? Truth to the said, to the unsaid, to other fictions (of man, or woman, of American, of black, etc.), to the genre? And truth for what and for whom? For the autobiographer? The reader? Society? (Smith, “Construing” 36)

No resulta tan simple para los lectores de autobiografía decidir el tercer y último concepto que nos proponemos analizar, el de “la verdad,” y hasta qué grado existe en un texto, qué es real y qué es ficticio en la narración —y eso si aceptamos su “autoridad” para intervenir en el asunto. Como plantea Smith en la cita anterior, decidir a qué o a quién se le está siendo sincero es un tema complejo, y mucho más en esta época dominada por la inestabilidad de muchos de los conceptos que influyen en nuestra vida, entre los que hay que incluir el de “verdad”: “The pressure of ideologies, the unconscious, the opaque mechanisms of language and desire, the powers of discursive determinations, the destabilized temporalities of history and memory, among others, have colluded in contaminating ‘the whole truth and nothing but the truth’” (Smith, “Construing” 36). A la inestabilidad del término hay que añadirle lo difícil que resulta separarlo del proceso de verificación de la verdad, proceso que Gilmore ha denominado “policing truth” (“Policing” 55), y en el que interviene, irremediamente, una figura de autoridad.





Tal vez debamos plantearnos en este punto por qué nuestra sociedad le concede tanta importancia a la verdad.⁸ Michel Foucault reflexionaba sobre este asunto al indagar en la relación que existe entre poder, sujeto y verdad. De hecho, preguntas como las que se hace Smith sobre a qué y a quién debe el autobiógrafo ser sincero o reflexiones como las de Gilmore acerca de quién está capacitado para supervisar la verdad surgen de las lecturas que estas críticas de la autobiografía hacen de la obra de Foucault. Uno de los intereses del filósofo francés era analizar la conexión que existe entre el sujeto y el discurso de la verdad; él se preguntaba cómo puede llegar el sujeto a contar la verdad sobre sí mismo, atrapado como está por los discursos que le rodean. Y no se cuestionaba tanto en qué consiste la verdad como por qué nuestra sociedad le concede tanto valor a ese concepto. Su respuesta no es tajante, pero apunta a las relaciones de poder como elementos determinantes en la relación entre verdad y poder: “[w]e are subjected to the production of truth through power and we cannot exercise power except through the production of truth” (Foucault, *Power* 93). El poder que define Foucault se manifiesta a través de lo que él denominó “discursos de la verdad,” que a su vez obligan al individuo a contar la verdad: “we *must* speak the truth; we are constrained or condemned to confess or to discover the truth” (*Power* 93). De alguna manera vemos en estas palabras de Foucault lo que parece ser la obligación de los participantes en la comunicación autobiográfica: el autobiógrafo debe contar la verdad, el crítico de autobiografía debe descubrirla e interrogarla. De esa manera, acabamos sujetos a la tiranía de la “verdad,” que puede terminar convirtiéndose en un discurso institucionalizado. En efecto, la confesión es una de las prácticas que Foucault cuestiona, asociándola a las tecnologías de la dominación. Los esfuerzos por contar la verdad sobre uno mismo se ven envueltos en relaciones de poder en las que el que confiesa es juzgado por un supuesto experto que es el que administra las verdades de las instituciones. Confesarse se convierte en una obligación que el individuo ni se cuestiona, que no percibe como un efecto del poder que le oprime: “on the contrary, it seems to us that truth, lodged in our most secret nature, demands only to surface” (Foucault, *History* 60). La obsesión que observamos en la confesión por contar las verdades más íntimas es la que observamos también en algunos discursos autobiográficos, y el crítico de autobiografía debe ser consciente de ello al analizar los textos autobiográficos.

Pero como el poder que describe Foucault es relacional, existe la posibilidad de que surjan puntos de resistencia, y Gilmore encuentra esa posibilidad tanto en la confesión como en el discurso autobiográfico femenino. De hecho, ella observa que en el proyecto autobiográfico subyace: “the relationship between truth telling and

⁸ Recientemente François Jullien ha comparado el concepto de verdad occidental con el generado en Oriente. En ambos casos, se recalca el carácter ontológico del concepto, “So it is that, from a Chinese vantage point, it is easier to see how truth became rooted in metaphysics and, in particular, how, in the West, it flourished in the fields of representation, of the thing-in-itself, and of Ideas” (812).

agency” (“Policing” 55). Gilmore plantea la posibilidad de resistirse al poder a través de la retórica de la confesión, utilizando la técnica de “contar la verdad,” y afirma que el análisis de la influencia de la confesión sobre la autobiografía puede revelar las posibilidades y los límites de la acción humana en la producción de la verdad:

Authority in autobiography springs from its proximity to the truth claim of the confession, a discourse that insists upon the possibility of telling the whole truth while paradoxically frustrating that goal through the structural demands placed on how one confesses. “Telling the truth” so totalizes the confession that it denotes the imperative to confess, the structure of that performance, and the grounds of its judgment. Telling the truth may be a form of punishment, as well as an effort to stave it off. In order to stand as an authoritative producer of “truth,” one must successfully position oneself as a confessing subject whose account adequately fulfills enough of the requirements of confession. Insofar as truth-telling is a cultural production that offers varying rewards, is both embraced and resisted, upheld and revised through its practice, and forms a site in the Middle Ages where power was contested, an examination of the influence of the confession upon autobiography can reveal the possibilities and limits of human agency in the production of truth. (Gilmore, “Policing” 55)

En consecuencia, la estructura de la confesión es lo que da a la autobiografía autoridad, ya que la convierte en un modo de producción de la verdad. El autobiógrafo, a su vez, puede aprovechar esa circunstancia para resistirse, para producir un discurso que responda a esos “discursos de la verdad” descritos por Foucault —entre los que debemos incluir a la crítica autobiográfica— que insisten en controlar y estructurar al sujeto que se confiesa. Según Gilmore, así se descubre “how intimately bound up in the cultural practices of policing and resistance is a kind of writing that is more frequently thought of as simply private” (“Policing” 56). Gilmore sitúa así a la autobiografía en su contexto histórico, y afirma que su interés no se centra tanto en resaltar las posibilidades de liberación de la confesión, sino en insistir, como hace Foucault, en que el poder no se ejerce sólo de arriba hacia abajo, sino que puede llegar desde los márgenes, demostrando así las capacidades de actuación y resistencia del ser humano.

Para poder analizar si el sujeto autobiográfico acepta o se resiste a los discursos de poder dominantes en su sociedad, el concepto de verdad debe ser también contextualizado: “the ‘innocence’ of autobiography as a naive attempt to tell a universal truth is radically particularized by a specific culture’s notion of what truth is, who may tell it, and who is authorized to judge it” (Gilmore, “Policing” 55). Y en el caso de las autobiografías de mujeres, es preciso examinar cómo las autobiógrafas negocian los discursos de verdad que prevalecen a su alrededor. De esta manera seremos capaces de observar cómo la autobiografía no se convierte en un discurso de autoridad social sólo por el hecho de mantener una relación privilegiada con la vida real, con la experiencia: “[r]ather, authority is derived through autobiography’s proximity to the rhetoric of truth telling: the confession” (Gilmore, “Policing” 57). Según esta retórica, la historia del *yo* autobiográfico debe estar sujeta a verificación,



algo que en el caso del sujeto autobiográfico femenino acaba viéndose entremezclado con las nociones de género que circulen en los distintos contextos en que esa verificación se lleve a cabo. La estrecha relación entre confesión y religión demuestra el poder de la confesión en nuestra sociedad, y la crítica autobiográfica no es ajena a ello:

The confession is a discourse that both requires and shapes “truth” according to the notions of heresy and orthodoxy in the religious confession and according to criminalized definitions of human activity in the legal confession. In both arenas one confesses in order to be judged by a standard of truth that, despite its evident solidity, is nonetheless part of a cultural process. When readers of autobiography become detectives or confessors, when they seek to verify the facts of an autobiography, when they are dubious of an eyewitness account, yet look to the eyewitness for truth, they indicate the extent of the confession’s power. (Gilmore, “Policing” 57)

Actuar como detectives de la autobiografía implica creer en la realidad extratextual de la misma, y emprender la misión de verificar y contrastar datos y sucesos. La retórica de la confesión engendra, efectivamente, el ingrediente de verificación de la verdad, convirtiendo al lector de autobiografía en un agente cuya labor consiste en supervisar la verdad —“policing truth,” en palabras de Gilmore. Y como ocurre con la confesión, esa supervisión se hará de manera diferente, parecerá más “necesaria” si existen disonancias en los códigos de género, autoridad y verdad que rodean al texto autobiográfico (Gilmore, “Policing” 66). Pero este asunto es más complicado con la autobiografía que con la confesión, pues a la primera se le añade el elemento de ficción que la crítica contemporánea le presupone por tratarse de la autorrepresentación del sujeto: “[w]hen we locate the pressure to tell the truth in the context of the fictive self accountable for producing truth, the problematical alliance between fact and fiction in autobiography begins to emerge. For autobiography’s roots in the confession —spiritual and juridical— continue to mark it as a form in which it is both possible and necessary to tell the truth” (Gilmore, “Policing” 68). Gilmore propone a los críticos de la autobiografía abandonar el papel de detectives, sacerdotes o jueces que verifican y juzgan unos hechos, y pasar a interpretar la autobiografía como una representación, es decir, una estructuración de esos hechos que el autobiógrafo lleva a cabo con el fin de situar su historia personal dentro de un discurso de verdad e identidad. Visto de ese modo, los autobiógrafos buscarían la validación de su discurso autobiográfico, demostrando así su capacidad de acción para generar ese discurso de verdad e identidad. Desde ahí se podría observar el juego que existe entre realidad y ficción en el discurso autobiográfico, y la necesidad de autobiógrafos y críticos de autorizar el discurso autobiográfico:

For both its writers and its critics, autobiography is driven by an authorization complex. Its writers attempt to situate themselves in relation to discourses of “truth” and identity while recognizing, in various ways, the insufficiency of any single discourse to express the “subject” of their writing. In the absence of a single, unified model of “autobiography,” they weave testimonial texts from disparate discourses.



The effect of this positioning defines autobiography's characteristic weirdness and accounts for its problematical status as a genre. Somewhere between reporting and fiction writing, autobiography challenges the limits of generic definition through its *bricolage*-like bravado. Critics and scholars of autobiography attempt to authorize their texts with introductions that contextualize their arguments within a comprehensible and already authorized field of study. (Gilmore, "Policing" 71-72)

Gilmore aprovecha esta descripción de la postura de autobiógrafos y críticos para denunciar cómo, aun en ese intento de autorizar la autobiografía, durante mucho tiempo los textos autobiográficos de mujeres permanecieron "desautorizados". Para ella, la ausencia de textos femeninos en el canon de la autobiografía es responsabilidad de los críticos de autobiografía —de los mismos que se empeñaban en autorizar el campo de los estudios autobiográficos:

[W]omen writers frequently describe writing an autobiography as an empowering process through which they reach an understanding, however provisional, of the relationships through which identity is produced. Yet, until very recently, they were excluded from virtually all studies of autobiography. I would like to suggest that their absence can be read as the critic's participation in policing the limits of female "truth." ("Policing" 73)

Gilmore demuestra en este ensayo cómo el discurso autobiográfico se ve envuelto en las complejas relaciones de poder que planteaba Foucault, y cómo estas relaciones, estrechamente relacionadas con el concepto de verdad, afectan a los sujetos —en este caso concreto al sujeto femenino que se esfuerza por inscribirse en el texto autobiográfico. La autobiografía puede ser un proceso que concede poder a las mujeres, pero cuyos resultados no se ven si sus discursos permanecen excluidos, desautorizados por la crítica: si se le impide el acceso a los "discursos de la verdad" que circulan en la sociedad. La actitud de la crítica patriarcal hacia la autobiografía de mujeres consistió, durante mucho tiempo, en adoptar dos posturas: negar los textos femeninos o juzgarlos, como detectives o jueces, aplicando los discursos autorizados de identidad prevalecientes. Las mujeres cuyas autobiografías se alejaron de esos discursos, aunque los disfrazaran utilizando la retórica de la confesión, eran consideradas mentirosas, y por tanto no eran dignas de entrar en el canon. Así se pueden convertir los críticos en los responsables de "policing the limits of female 'truth'."

Pero el sujeto femenino autobiográfico ha demostrado saber desenvolverse con soltura y autoridad en ese mundo hostil de los "discursos de la verdad," y ha logrado inscribir su identidad, autorizar su discurso en ese mundo contaminado por conceptos como el de verdad y experiencia desde una óptica exclusivamente masculina:

In salvaging the "truth" of her "experience," the autobiographer might seek to unearth or unmask her "true" self, that unique "self" uncontaminated by the falsehoods, "half-truths," the "untruths," that her culture would foist off as the universalized "truth" of "female experience" and "female identity." Through this



process of shedding layers of false selves and identities, she would struggle toward an authentic, or “truthful” reflection of her emotional life, toward a legitimate articulation of what she “really” feels and thinks. The degree of “truthtelling” in the text is thus produced by various structural and linguistic strategies and effects. (Smith, “Construing” 37-38)

Así describe Smith el proceso por el cual las autobiógrafas intentan comunicar *su* propia verdad, lejos de los conceptos de verdad sobre la experiencia o la identidad femenina impuestos por su entorno. Y ese proceso puede pasar por tener que “construir verdades con bocas que mienten,” como plantea la autora en su ensayo “Construing Truth in Lying Mouths: Truthtelling in Women’s Autobiography,” al que pertenece la cita anterior. Conscientes de que las estrategias lingüísticas y de estructura ayudan a producir los efectos de verdad en sus textos, las autobiógrafas pueden utilizar varios métodos para contestar y resistirse a esas verdades sobre la femineidad que les han sido impuestas. Smith describe en su ensayo varias posiciones estratégicas desde las que las autobiógrafas se pueden mover; todas contienen un grado de mentira, pero son mentiras tan cercanas a la “verdad” que llegan a convertirse en una manera de obtener “a kind of truth, however partial and elusive” (Smith, “Construing” 33). Lo que esas estrategias plantean es que la verdad que intente transmitir cualquier autobiografía es una verdad construida, y siguen situando a “la verdad” en el contexto de las relaciones de poder descritas por Foucault. El intento de producir, de construir verdades —o mentiras— autobiográficas se convierte en una forma de combatir las identidades impuestas al sujeto, y demuestra que éste tiene capacidad de acción para inscribirse en el texto. Las mujeres que escriben autobiografías aprovechan esas circunstancias para inscribir sus inestables identidades en los textos, dándoles así estabilidad temporal. De esta forma, en medio de este mundo donde predomina la textualidad, las autobiógrafas logran inscribir sus identidades, construir sus experiencias y sus verdades.

Igual que existen múltiples subjetividades en los sujetos, existen múltiples formas de acercarse a sus textos autobiográficos, y al estudioso le puede resultar complicado elegir de entre las diferentes herramientas teóricas posibles para el análisis. Las teorías sobre la subjetividad y la autobiografía presentan muchos aspectos positivos, aunque siempre estén expuestas a revisiones que muestren sus contradicciones o limitaciones. El psicoanálisis, por ejemplo, es acusado de presentar limitaciones por no ubicar al sujeto en su contexto social; sin embargo, sus teorías pueden aportar mucha luz para analizar las identidades subjetivas y la reproducción del género. Por otra parte, las teóricas feministas que defienden las teorías psicoanalíticas también encuentran lagunas en los planteamientos puramente sociológicos; sus posiciones y formulaciones está bien resumidas en estos términos:

The limits of purely sociological approaches to gender have been noted by feminists adopting a psychoanalytical perspective who argue that, by bypassing the corporeal reality of the body, the associated issues of desire and psychic impulses are not adequately tackled. Whilst accepting the materialist critique of psychoanalysis, that it tends to lack socio-historical specificity, Jacqueline Rose (...) claims that what materialist accounts themselves lack is a way to explain the failure or



instability of identity. Psychoanalysis achieves this through the category of the unconscious. Materialist approaches, however, regard the assumption of sexual identity in behaviourist terms as the relatively unproblematic internalization of social norms. (McNay 23)

Esa visión más bien superficial de la identidad sexual, que es considerada como una interiorización sin más de las normas sociales se ve aún más problematizada por el énfasis en la textualidad presente en las teorías postmodernas sobre el sujeto. Llevadas a un extremo, esas teorías nos pueden conducir, como ya hemos apuntado, a negar la existencia de autor y protagonista de los textos autobiográficos. El sujeto femenino quedaría así atrapado en la prisión del lenguaje, sin capacidad de acción ni de creación de su identidad. Pero en la revisión y negociación de todos esos postulados, las feministas se esfuerzan por situar al sujeto como generador de cambios en las significaciones textuales y por tanto, subjetivas y sociales. Como plantean muchas de las teóricas feministas de la autobiografía, la autobiógrafa es un producto de la historia y de los fenómenos psicosexuales que ha vivido, y al autoconstruirse revela los procesos de significación tanto de su texto como de su contexto. Los cambios en los sistemas de significación que ellas pueden provocar construyendo sus identidades a través del lenguaje demuestran que el sujeto femenino tiene capacidad de acción dentro de las relaciones entre género y poder.

Las revisiones que el feminismo ha llevado a cabo de las teorías sobre la subjetividad y la autobiografía nos parecen especialmente relevantes, por el esfuerzo realizado en la negociación entre los postulados teóricos dominantes y la práctica feminista. Somos conscientes de que las teorías feministas pueden mostrar también contradicciones y limitaciones, pero su actitud intelectual pasa por aceptar esas contradicciones y alejarse de la “pureza” teórica sin dejar de utilizar los elementos estratégicos que ofrecen las grandes teorías. La subjetividad fragmentada y plural que nos ofrecen las autobiógrafas es estudiada por el feminismo sin ningún tipo de complejos, abrazando las contradicciones y paradojas que se puedan encontrar tanto en el sujeto femenino como en las propuestas teóricas que se diseñen para analizarlo. Eso es lo que lleva a teóricas como Bella Brodzki y Celeste Schenck a animar a las lectoras feministas de autobiografía a defender y disfrutar de las tensiones presentes en esos textos (14).



OBRAS CITADAS

- ANDERSON, Linda. *Autobiography*. London: Routledge, 2001.
- ASHLEY, Kathleen, Leigh GILMORE & Gerald PETERS, eds. *Autobiography and Postmodernism*. Massachusetts: The U of Massachusetts P, 1994.
- BARTHES, Roland. *Image, Music, Text*. Trad. A. LAVERS & C. SMITH. New York: Hill & Wang, 1977.
- BARTKY, Sandra Lee. "Agency: What's the Problem?" *Provoking Agents: Gender and Agency in Theory and Practice*. Ed. Judith Kegan GARDINER. Urbana: U of Illinois P, 1995. 178-193.
- BENSTOCK, Shari, ed. *The Private Self: Theory and Practice of Women's Autobiographical Writings*. Chapel Hill: U of North Carolina P, 1988.
- BRODZKI, Bella & Celeste SCHENCK, eds. *Life/Lines: Theorizing Women's Autobiography*. Ithaca: Cornell UP, 1988.
- DE LAURETIS, Teresa. *Alice Doesn't: Feminism, Semiotics, Cinema*. Bloomington: Indiana UP, 1984.
- "Eccentric Subjects: Feminist Theory and Historical Consciousness." *Feminist Studies* 16.1 (1990): 115-150.
- *Technologies of Gender: Essays on Theory, Film, and Fiction*. London: Macmillan, 1987.
- DERRIDA, Jacques. *The Ear of the Other: Otobiography, Transference, Translation*. Ed. Christie V. McDONALD. Trad. Peggy KAMUF. New York: Schocken, 1985.
- FELSKI, Rita. "On Confession." *Women, Autobiography, Theory: A Reader*. Ed. Sidonie SMITH & Julia WATSON. Wisconsin: The U of Wisconsin P, 1998. 83-95.
- *The Gender of Modernity*. Cambridge: Harvard UP, 1995.
- FOUCAULT, Michel. *The History of Sexuality: An Introduction*. Trad. R. HURLEY. Harmondsworth: Penguin, 1978.
- *Power/Knowledge: Selected Interviews and Other Writings 1972-1977 by Michel Foucault*. Ed. Colin GORDON. New York: Harvester Wheatsheaf, 1980.
- "What Is an Author?" *The Foucault Reader*. 1984. Ed. Paul RABINOW. London: Penguin, 1991. 101-120.
- FRIEDMAN, Susan Stanford. *Mappings: Feminism and the Cultural Geographies of Encounter*. Princeton: Princeton UP, 1998.
- "'Post/Poststructuralist' Feminist Criticism: The Politics of Recuperation and Negotiation." *New Literary History* 22.2 (Spring 1991): 465-490.
- GAGNIER, Regenia. *Subjectivities: A History of Self-Representation in Britain, 1832-1920*. New York: Oxford UP, 1991.
- GILMORE, Leigh. *Autobiographics: A Feminist Theory of Women's Self-Representation*. Ithaca: Cornell UP, 1994.



- *The Limits of Autobiography, Trauma, and Testimony*. Ithaca: Cornell UP, 2001.
- “Policing Truth: Confession, Gender, and Autobiographical Authority.” *Autobiography and Postmodernism*. Ed. Kathleen ASHLEY, Leigh GILMORE & Gerald PETERS. Massachusetts: The U of Massachusetts P, 1994. 54-78.
- GOODMAN, Katherine R. “Elisabeth to Meta: Epistolary Autobiography and the Postulation of the Self.” *Life/Lines: Theorizing Women’s Autobiography*. Ed. Bella BRODZKI & Celeste SCHENCK. Ithaca: Cornell UP, 1988. 306-319.
- GUNEW, Sneja. *Feminist Knowledge: Critique and Construct*. London: Routledge, 1990.
- HEKMAN, Susan. “Subjects and Objects: The Question for Feminism”. *Provoking Agents: Gender and Agency in Theory and Practice*. Ed. Judith Kegan GARDINER. Urbana: U of Illinois P, 1995. 194-207.
- JOUVE, Nicole Ward. *White Woman Speaks with Forked Tongue: Criticism as Autobiography*. New York: Routledge, 1991.
- JULIEN, François. “Did Philosophers Have to Become Fixated on Truth?” *Critical Inquiry* 28.4 (Summer 2002): 803-824.
- KRITZMAN, Lawrence D., ed. *Michel Foucault: Politics, Philosophy, Culture. Interviews and Other Writings, 1977-1984*. 1988. Trad. Alan SHERIDAN et al. New York: Routledge, 1990.
- LÉNÁRT-CHENG, Helga. “Autobiography as Advertisement: Why Do Gertrude Stein’s Sentences Get Under Our Skin?” *New Literary History* 34.1 (Winter 2003): 117-131.
- MCNAY, Lois. *Foucault and Feminism: Power, Gender and the Self*. Cambridge: Polity, 1992.
- MILLER, Nancy K. *Subject to Change: Reading Feminist Writing*. New York: Columbia UP, 1988.
- “Writing Fictions: Women’s Autobiography in France.” *Life/Lines: Theorizing Women’s Autobiography*. Ed. Bella BRODZKI & Celeste SCHENCK. Ithaca: Cornell UP, 1988. 45-61.
- NUSSBAUM, Felicity A. *The Autobiographical Subject: Gender and Ideology in Eighteenth-Century England*. 1989. Baltimore: The Johns Hopkins UP, 1995.
- *The Brink of All We Hate: English Satires on Women, 1660-1750*. Lexington: UP of Kentucky, 1984.
- *Torrid Zones: Maternity, Sexuality, and Empire in Eighteenth-century English Narratives*. Baltimore: The Johns Hopkins UP, 1995.
- RADSTONE, Susanah. “Autobiographical Times.” *Feminism and Auto-biography: Texts, Theories, Methods*. Ed. Tess COSSLETT, Celia LURY & Penny SUMMERFIELD. New York: Routledge, 2000. 200-219.
- RILEY, Denise. *“Am I That Name”? Feminism and the Category of “Women” in History*. 1988. Minneapolis: U of Minnesota P, 1990.
- ROSE, Nikolas S. *Inventing Our Selves: Psychology, Power, and Personhood*. Cambridge: Cambridge UP, 1996.
- SCOTT, Joan Wallach. “Experience.” *Women, Autobiography, Theory: A Reader*. Ed. Sidonie SMITH & Julia WATSON. Wisconsin: The U of Wisconsin P, 1998. 57-71.
- *Gender and the Politics of History*. New York: Columbia UP, 1988.
- SMITH, Sidonie. “Construing Truths in Lying Mouths: Truth-telling in Women’s Autobiography.” *Women and Autobiography*. Ed. Martine Watson BROWNLET & Allison B. KIMMICH. Wilmington, Delaware: Scholarly Resources, 1999. 33-52.



- *Subjectivity, Identity, and the Body: Women's Autobiographical Practices in the Twentieth Century*. Bloomington: Indiana UP, 1993.
- SMITH, Sidonie & Julia WATSON. *Reading Autobiography: A Guide for Interpreting Life Narratives*. Minneapolis: U of Minnesota P, 2001.
- eds. *Women, Autobiography, Theory: A Reader*. Wisconsin: The U of Wisconsin P, 1998.
- STANTON, Domna C., ed. *The Female Autograph: Theory and Practice of Autobiography from the Tenth to the Twentieth Century*. 1984. Chicago: The U of Chicago P, 1987.
- WHITE, Hayden. "Michel Foucault." *Structuralism and Since*. Ed. J. STURROCK. New York: Oxford UP, 1979. 81-115.

